

por lo que había resuelto; pero á pesar de ello, no le hice la menor alusión del incidente. Al tercer día, Brunton no vino, según costumbre, á recibir órdenes. Al salir yo del comedor, después del desayuno, me encontré en el pasillo con Raquel Howells. Me pareció más pálida y más débil que nunca y la regañé suavemente por no cuidarse.

—Debíais guardar cama—dijo,—y ya cuando os encontrárais un poco más fuerte volveríais al trabajo.

Se me quedó mirando con una expresión tan extraña que temí hubiera perdido la razón.

—Ya estoy bastante bien, señor.

—Bueno, bueno, ya veremos lo que dice el médico. Por ahora no os ocupéis de nada, y si encontráis á Brunton decidle que suba á mi cuarto.

—El mayordomo no está en casa, señor.

—¡Cómo! ¿Pues dónde está?

—No se sabe. Nadie le ha visto salir... Ha marchado, ha marchado; sí, ha marchado...

Rompió á reír con una risa convulsiva, y su cabeza rebotó sobre la pared al buscar apoyo para no caer al suelo. Me abalancé al cordón de la campanilla, pidiendo auxilio. Vino gente, y sujetándola entre varios, lograron llevarla á su cuarto y acostarla. Largo rato se extendieron por los corredores y los cuartos sus gritos y sus risas. Mientras tanto, procuré enterarme del paradero de Brunton. Nadie le había visto salir. Su lecho estaba intacto. La última vez que le vieron fué la noche anterior, cuan-

do subía á acostarse. Por la mañana ya no estaba, y sin embargo, las puertas y las ventanas permanecían herméticamente cerradas. Las ropas, el reloj y hasta el dinero estaban en el cuarto. No faltaban más que el frac negro que llevaba durante el día y las zapatillas.

Registramos toda la casa y las cercanías, sin hallar rastro alguno. Creo haberos dicho que Urlestone es un verdadero laberinto, sobre todo, la parte antigua que no habita nadie; por lo tanto, lo recorrimos cuidadosamente hasta los desvanes, hasta las cuevas. Nada. Realmente era muy extraño que hubiese partido, dejando todo cuanto poseía. Pero de no ser así, ¿dónde diablos podía estar? Dí parte á la policía y empezaron de nuevo las pesquisas con igual resultado que antes. Y así hubiéramos seguido á no ocurrir un accidente que nos hizo olvidar en parte la desaparición del mayordomo.

Durante dos días tuvo Raquel tales ataques de nervios y tales delirios, que hubo que ponerla enfermera. La tercera noche, después de la desaparición de Brunton, viendo la enfermera que Raquel reposaba tranquilamente, se sentó en un sillón, y poco á poco el sueño la fué venciendo. A la madrugada despertó, ¡y cuál no sería su asombro al ver el lecho vacío, la ventana abierta y que Raquel había desaparecido!... Me despertaron inmediatamente, y acompañado de dos lacayos seguí las huellas de la fugitiva, cosa no muy difícil, porque al pie de la ventana se veían claros y distintos los pasos de la

doncella. Guiados por ellos salimos del jardín, y llenos de dolor nos detuvimos al borde del lago.

Allí cesaban las huellas. Inmediatamente se nos ocurrió dragar en los ocho pies de profundidad que tiene el lago. Pero no encontramos más que una cosa inesperada. Los garfios extrajeron un saco dentro del cual se hallaron varios trozos de roñoso metal y algunos guijarros y cristales rotos.

Desde entonces no hemos vuelto á saber nada de Raquel Howells ni de Ricardo Brunton. La policía está desorientada, y yo, más desorientado aún, he determinado acudir á vos para que ayudéis á resolver este misterio.

Comprenderéis, amigo Watson, con qué interés escuché el relato de Murgrave y la serie de conjeturas que hice mientras hablaba. Cuando terminó ya tenía yo sentados los hechos siguientes: Brunton había desaparecido; Raquel también. Ambos tuvieron relaciones, y en ella el odio debió sustituir al amor. Raquel manifestó una agitación extrema después de la desaparición del mayordomo. Raquel arrojó al lago un saco lleno de objetos extraños. Ahora bien: ¿cuáles eran las causas de estos hechos? Y recordando de pronto el punto inicial, le dije á Musgrave:

—Necesito ver el documento ese que estudiaba Brunton en la biblioteca cuando lo sorprendisteis.

—Ese ritual—contestó—no es más que una serie de tonterías, disculpables únicamente por su antigüedad. Aquí traigo una copia de él.

Y me alargó este papel que véis, querido Watson, y que contiene las preguntas y respuestas á que deben someterse los Musgrave cuando cumplan la mayor edad. Oid:

P.—¿A quién pertenece?

R.—Al que marchó.

P.—¿A quién pertenecerá?

R.—Al que venga.

P.—¿En qué mes fué?

R.—En el sexto después del primero.

P.—¿Dónde estaba el sol?

R.—Sobre el roble.

P.—¿Dónde estaba la sombra?

R.—Sobre el olmo.

P.—¿Cómo lo mediríais?

R.—Diez y diez hacia el Norte, cinco y cinco hacia el Este, dos y dos hacia el Sur, uno y uno hacia el Oeste y por debajo.

P.—¿Qué daríais por ello?

R.—Todo lo que nos pertenece.

P.—¿Por qué?

R.—Porque nos ha sido confiado.

El original no tiene fecha; pero á juzgar por su ortografía debe ser de mediados del siglo XVII—observó Musgrave.—Temo que no sirva para resolver el problema.

—De todos modos—contesté—esto nos presenta otro misterio mucho más interesante que el anterior. Y hasta me parece que aquí está la clave de todo.

—No comprendo—murmuró mi amigo—yo creo que eso no tiene importancia alguna.

—Yo, en cambio lo considero de una importancia capital y estoy seguro de que Brunton opinaba lo mismo que yo. Indudablemente, cuando lo sorprendisteis, no era la primera vez que leía el Ritual.

—Es posible. Nunca lo tuvimos oculto, ni creímos que debiera ser un secreto.

—Me parece haberos oído decir que el mayordomo comparaba el manuscrito con un plano que guardó en el bolsillo cuando lo sorprendisteis, ¿no es eso?

—Eso es. Pero, ¿para qué le iba á servir esta magería?

—Creo que lo sabremos muy pronto. Si os parece bien, debemos salir inmediatamente para Sunex y ya sobre el terreno os podré contestar con mayor claridad.

Aquel mismo día llegamos á Urlestone. Como ya debéis conocer esta antigua casa por las descripciones y reproducciones que se han hecho de ella, sólo os diré que forma una especie de L. El ala más larga es la más reciente; la corta forma la parte antigua. Sobre una de las puertas está grabada la fecha 1607, pero los inteligentes aseguran que la construcción del edificio debe ser de una época mucho más antigua. El gran espesor de los muros, la exigüidad de las ventanas obligaran en el siglo anterior á la familia Musgrave á construir un nuevo

edificio y dejar al viejo como guardamuebles y como desván.

Un soberbio jardín de añosos árboles rodea la casa y á doscientos metros de ella está situado el lago.

Yo estaba segurísimo, querido Watson, de que no había en este asunto tres misterios distintos, sino un solo y único problema, y que si acertaba á descifrar el Ritual de los Musgrave, tendría en seguida la clave del enigma, y sabrían donde estaban Brunton y Raquel Howells. Indudablemente, si el mayordomo se entregó con tanto afán al estudio de ese documento, debió ser porque su claro talento le hicieron ver algo que pasó inadvertido á varias generaciones de Musgraves, campesinos é ignorantes, y porque pensaría obtener alguna ventaja de aquel descubrimiento.

Releyendo el manuscrito comprendí que aquellas indicaciones de lugares y aquellas medidas debían referirse á un punto determinado, en el cual había —según las últimas preguntas y respuestas,—algo muy importante, puesto que los Musgrave lo ocultan con tan extraordinarias precauciones.

Teníamos dos puntos de partida: un roble y un olmo. El roble se veía bien claramente á la izquierda de la casa. Era el más viejo de todos los demás árboles y uno de los más hermosos que he visto en mi vida.

—¿Existía este árbol cuando se redactó el ritual?

—pregunté á mi amigo.

—Probablemente debía existir ya en la época nor-

manda—contestó.—Tiene veintitrés pies de circunferencia.

—¿Y olmos? ¿Tenéis olmos también?—pregunté lleno de ansiedad.

—Había uno viejísimo allá abajo. Pero hará unos doce años lo partió un rayo, y mi padre lo mandó derribar.

—¿Podrías indicarme el sitio donde estuvo?

—Ya lo creo.

—¿Y no hay más olmos en la posesión?

—Tan viejos como aquél, ninguno. Lo que más abundan son hayas.

—¿Queréis que vayamos á ver el sitio donde estuvo el olmo?

Reinaldo Musgrave no me contestó, y tirando de las riendas dirigió el *tilbury* hacia el lugar indicado. Era sobre poco más ó menos la mitad del espacio que había entre el roble y la casa.

—¿Y ahora ya no nos será posible saber la altura que tenía este olmo, ¿verdad?

—Sesenta y cuatro pies.

—¿Cómo lo sabéis con esa certeza?—pregunté asombrado.

—Cuando mi antiguo preceptor me planteaba algún problema de trigonometría, casi siempre se referían á calcular alguna altura; así es que en poco tiempo supe las de todos los árboles y las casas de Urlestone.

Esta revelación tuvo incalculable valor para mí. Los hechos me iban dando poco á poco la razón.

—¿Y vuestro mayordomo, no os hizo nunca esta misma pregunta?

Mi amigo me miró asombrado.

—Ahora que lo decís, recuerdo que, efectivamente, Brunton me preguntó hace tres meses la altura de ese árbol, á raíz de una discusión con el *groom*.

Comprenderéis, amigo Watson, que después de esta contestación desaparecieron todas mis dudas, si alguna me podía quedar; estaba sobre la verdadera pista. Miré hacia el sol y calculé que, pasada una hora estaría sobre la copa del roble, y de este modo se llenaría una de las condiciones del ritual. La sombra del olmo debía ser, según mi criterio, el lugar donde la línea de sombra se detenía en el momento en que el sol rasaba la copa del roble. Ahora bien; esta era la parte más difícil, puesto que el olmo había desaparecido. Sin embargo, puesto que Brunton, dió con la solución, yo, que no me creía inferior á él, también sabría encontrarla.

Entramos en el despacho de Musgrave y aproveché la hora que faltaba para que el sol estuviera en el punto marcado, atando á este pedazo de madera esta cuerda, cuyos nudos marcan entre sí la distancia de un metro. Luego cogí dos cañas de pesca y uniéndolas fuertemente por los extremos, logré una altura exacta de seis pies. En seguida le rogué á mi amigo que volviéramos al sitio donde estaba el olmo.

Empezaba á florecer el oro del sol en la copa del roble. Hundí la caña en el suelo y medí la sombra proyectada. Tenía nueve pies.

El resto era muy sencillo. Bastaba establecer una proporción. Si una caña de seis pies proyectaba una sombra de nueve pies, un árbol de 64 proyectaría una sombra de 96. Medí, pues, 96 pies siguiendo la dirección de la sombra, y al llegar al último, clavé una estaca, notando con gran alegría que la tierra había sido removida recientemente. Estábamos sobre la pista de Brunton. Hecho esto, y con la brújula de bolsillo en la mano, conté diez pasos hacia el Norte, luego cinco pasos hacia el Sur, luego dos menos hacia el Oeste... y me encontré en uno de los soportales.

Nunca me he sentido tan contrariado como en aquel momento. Al principio creí que me había equivocado en los cálculos; pero repitiéndolos, me convencí de lo contrario. Si no mentía el ritual, allí, en aquellas piedras, estaba la clave del enigma. La última lumbrada del sol, que caía de lleno sobre el suelo, no mostraba la menor juntura. Di una patada y el sonido fué macizo, seco. De pronto, Musgrave, que había sacado el documento para comprobar la certeza de mis cálculos, dió un grito.

—¿Y por debajo? Mirad, Holmes, os habéis olvidado de estas tres palabras: «Y por debajo».

Me di una palmada en la frente, y con voz temblona, llena de ansiedad, pregunté:

—¿Hay alguna cueva aquí debajo de nosotros?

—Sí, y tan antigua como la casa. Venid; por aquí.

Bajamos una escalera de caracol. Y á la luz de una linterna que sostenía Musgrave con el brazo en

alto, vimos que no éramos los primeros que entraban en aquel sitio.

Aquella cueva se utilizaba como almacén de leña; pero los maderos que ordinariamente se extendían sin orden ni concierto habían sido apilados junto á las paredes dejando un espacio libre en el centro. En este espacio había una losa ancha con una argolla orinienta, á la cual estaba arrollada una bufanda de cuadros.

A ruego mío vinieron dos policías como testigos y entre los tres logramos levantar la piedra, valiéndonos de la bufanda.

Ante nosotros apareció un agujero negro, en el cual hundimos ansiosamente las miradas, mientras Musgrave, arrodillado en el borde, procuraba verter la luz de la linterna en aquella especie de pozo.

Al cabo de un rato, acostumbrada ya la vista, distinguimos una habitación no muy grande y una caja arrimada contra la pared. Era un cofre de madera, forrado de cobre y con la tapa levantada.— Esa llave tan roñosa es la que había en la cerradura.— Todo ello estaba cubierto de moho y los gusanos habían roído la madera por distintos sitios y unos hongos erguían sus cabezas redondas y carnosas. En el fondo del cofre no se veían más que unos pedazos de metal que parecían monedas.

Pero lo que atrajo en seguida nuestras miradas fué un cuerpo humano, encogido junto al cofre. La cabeza, que una violenta congestión deformó por completo, yacía sobre el borde, y los brazos se le-

vantaban para clavar las manos en la tapa musgosa.

Todos reconocimos al mayordomo Ricardo Brunton. Cuando lo sacamos de allí y se le reconoció, vimos que había muerto hacia ya bastante tiempo; pero sin que ninguna herida ni contusión nos indicara el género de muerte. Confieso, amigo Watson, que después del descubrimiento quedé más intrigado que nunca. Había descubierto el secreto del ritual; había encontrado el cadáver del mayordomo; pero ¿quién era el asesino y qué papel jugaba en el drama la doncella Howells? Y sentándome en un tonel procuré aislarme de todo y quedar á solas conmigo mismo. Ya conocéis mi sistema. Cuando me encuentro en un caso de éstos, intento perder mi personalidad y tomar las de las personas que han intervenido directamente en los sucesos, y analizo cómo obraría siendo de igual modo que ellos y encontrándome en iguales circunstancias. Así hice en aquella ocasión. Brunton había sorprendido el secreto de un tesoro, y siguiendo las indicaciones marcadas en el ritual, llegó hasta la cueva. Ahora bien; la losa aquella era demasiado pesada para que la pudiera levantar un hombre solo. Debió tener un momento de vacilación. ¿A quién pedir ayuda sin peligro de ser descubierto? Entonces pensó en Raquel, la cual estuvo bastante enamorada, y como todo hombre, por muchos disgustos que haya causado á una mujer, no cree que ésta deje de quererle, debió hacer las paces con ella. Cuando llegó la noche descendieron á la cueva, y entre los dos levantaron la losa. ¿De qué

medios se valieron? Para saberlo examiné cuidadosamente los leños esparcidos alrededor; uno de ellos, de cerca de tres pies de largo, tenía una profunda hendidura en la punta, y algunos otros presentaban señales de haber soportado un enorme peso. Indudablemente fueron introduciéndolos á modo de cuña, conforme levantaban la piedra, hasta dejar un espacio para pasar.

Ya no me quedaba más que reconstituir el drama. Brunton fué el único que bajó y le entregó el contenido del cofre á Raquel, que esperaba junto al orificio.

Algo muy trágico debió suceder entonces. En el alma de la joven surgieron los desdenes pasados, la amargura de aquel desamor, y apareció la venganza. Brunton—que indudablemente abusó de ella—estaba en su poder. No tenía más que retirar uno de los leños y la losa volvería á su posición natural, enterrando al mayordomo. También podía creerse que únicamente la casualidad fuera la causa del crimen. Sin embargo, recordando el rostro espantado de Raquel y los ataques de histerismo que le obligaron á guardar cama, me ratifiqué en la primera hipótesis. Por último, y esto demostraba una vez más la culpabilidad de la doncella, los objetos encontrados en el saco del estanque constituían, indudablemente, el contenido del cofre.

De pronto, Musgrave me arrancó de mi abstracción.

—Estas monedas tienen la efigie de Carlos I—dijo

enseñándome una de ellas.—Ya véis que no me había equivocado atribuyendo esa fecha al documento.

—¡Ah! Pues entonces me parece que vamos á encontrar otra cosa de la misma época.

Y saliendo de la cueva subimos al despacho y volvimos á examinar los objetos encontrados en el estanque. Cogiendo uno de ellos lo froté fuertemente contra las mangas y brilló intensamente.

—Recordaréis—dije á Musgrave—que el partido realista subsistió en Inglaterra aun después de la muerte del rey, y que al huir los miembros de este partido dejaron muchos objetos preciosos con objeto de volver á recogerlos cuando vinieran otros tiempos mejores.

Mi amigo asintió.

—Sí, un antepasado mío, sir Ralph Musgrave, fué uno de los más adictos caballeros de Carlos II.

—Perfectamente—contesté.—Ya está aclarado todo.

Y tomando una entonación solemne, añadió:

—Querido Musgrave: tengo el honor de felicitaros por haber entrado en posesión de una reliquia que, si bien no tiene un gran valor intrínseco, es inapreciable desde el punto de vista artístico.

—¿Qué queréis decir?—exclamó mi amigo lleno de asombro.

Yo, entonces, repuse entregándole el pedazo de hierro oriniento:

—Aquí tenéis la antigua corona de los reves de Inglaterra.

—¿La corona?

—Sí; mirad el ritual: «¿A quién pertenece?—Al que marchó».—Esto se escribió después de la ejecución de Carlos I. Luego dice: «¿A quién pertenecerá?—Al que venga».—Indudablemente, esta segunda parte se refiere á Carlos II. Ya véis que tengo razón afirmando que, en tiempos lejanos, esta diadema, que hoy parece de hierro, brilló con reflejos áureos sobre la frente real de los Stuardos.

—¿Y cómo estaba en el fondo del estanque?

—Voy á explicároslo.

Y empecé á desarrollar la larga serie de deducciones que hice en la cueva. La luna vertía su luz plata sobre los campos, y mi silencio augusto se ensanchaba en torno nuestro cuando dije la última palabra.

—Entonces, ¿cómo no recobró Carlos II la corona cuando volvió á Inglaterra?

—Tal vez eso es lo único que no sabremos nunca. Probablemente el antepasado vuestro, que conocía este secreto, se olvidó de dar la solución del documento que facilitaría el hallazgo á sus descendientes. Desde entonces, el ritual fué transmitido de padres á hijos, hasta dar en manos de un hombre capaz de descubrir el tesoro, comprándolo con su vida.

Tal es, Watson, la historia del Ritual de los Musgrave. La famosa corona se conserva en Urlestone; pero la justicia se mezcló en el asunto, y los Musgrave han tenido que pagar una fuerte suma para poseer esta corona.